



# Descenso a Las profundidades de la tierra



PAUL KIDD

GREYHAWK

## **¡Han vuelto!**

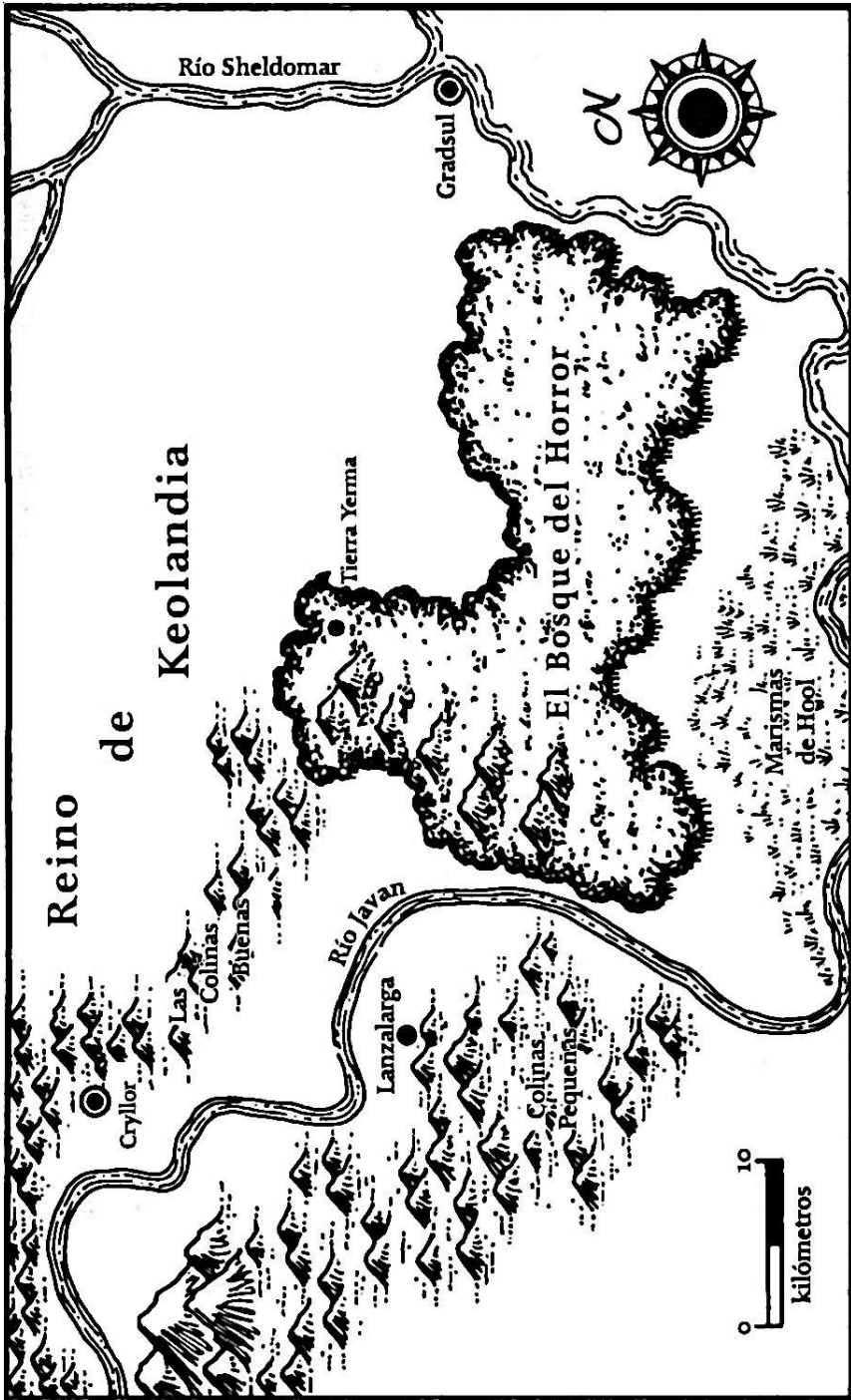
Recuperados de su encuentro en la Montaña del Penacho blanco, el Justicar y Escalla se dirigen hacia Hommlet. Pero la vida cerca de una pixi no es muy apacible.

Escalla se ve envuelta en las intrigas de la corte feérica. Antes de que se dé cuenta, y para salvarle la vida el Justicar está en camino a las profundidades de la tierra para luchar contra grandes tragos, drow y la Reina del laberinto de los demonios.

Para un aventurero, se trata de un día completo.

*Para Alexandra, afectada de por vida,  
¡pero disfrutando del paseo!*

*Con agradecimiento y amor para mi esposa  
Christine, lectora, correctora y compañera, que  
tiene  
la paciencia de un santo.*



# **AC 588**



**E**l clan de la Marta siempre había tenido un buen ojo para encontrar sitios espectaculares, y en una corte hastiada por siglos de brillantes oropeles y apariencias, era un talento con un cierto atractivo misterioso. Al menos sus elecciones desataban un frenesí competitivo al intentar los demás clanes ofrecer alternativas más desbordadas y salvajes.

Aqueronte había sido la elección de un genio. En este plano de existencia el universo entero parecía estar intentando reducirse a añicos. En un vasto espacio abierto estaban suspendidos incontables cubos de hierro. La atmósfera, teñida de sepia, crepitaba de electricidad mientras los relámpagos saltaban en arcos, creando entre los cubos formas dementes que dejaban grabados en la retina rastros violetas. Los propios cubos eran pequeños mundos que chocaban entre ellos como dados. Aquí y allá colisionaban, con un sonido que resonaba por el espacio como el de unas titánicas campanas. Fragmentos de hierro y pequeños cuerpos inermes eran despedidos al vacío mientras muy, muy lejos, las guerras y la violencia rugían sin cesar. El lugar hedía a rayos, al mal olor de forja de los cubos en colisión y al oxidado aroma de la sangre.

A la Corte de las Hadas no le preocupaba, ellos eran las hadas, la letal punta de espada de un mundo secreto.

Aunque la reina Titania y los poderes silvanos tenían sus posesiones en planos distantes, les usaban como manos, ojos y oídos. Hundándose cada vez más en su mundo introvertido, los poderes silvanos apenas distinguían ya la fantasía de la realidad, y dejaban el poder de la corte en manos de los clanes.

El control feérico sobre dichos poderes era absoluto, y al poder le acompañaban las intrigas, tretas y planes, conjuras y sueños. Envuelta en un glorioso aislamiento, la Corte de las Hadas presumía y conspiraba en un frenesí que llenaba los siglos con la reconfortante ilusión de la actividad.

Sentados lánguidamente sobre afloramientos de hierro y herrumbre, los asistentes al encuentro de hoy solo tenían ojos para el enfrentamiento que tenía lugar en el fondo del cráter, justo a sus pies. Dos combatientes, ambos varones, peleaban y lucían su porte en el campo de batalla. Menudas, ágiles y aladas como libélulas, ambas criaturas luchaban sanguinariamente con espadas y magia. Los duelistas eran esbeltos y elegantes, vestidos con ropajes recogidos de una docena de planos exóticos. Sosteniendo espadas absurdamente finas, se miraban enfrentados mientras se arrojaban conjuro tras conjuro en una exhibición llena de espectáculo y gloria, pero bastante escasa de sangre. La luz de los conjuros iluminaba y destacaban las imperfecciones del metal del cráter, haciendo que brillase verde, lavanda y naranja. Aquí y allí un hada daba un breve pataleo o aplaudía, mientras sirvientes mortales servían tinturas de fino feérico.

El duelo de hoy servía como una bienvenida diversión secundaria. Ushan, señor del clan de la Marta, se sentaba bajo un abanico agitado por uno de sus sirvientes. Esta temporada le divertía ser atendido por orcas, con sus bestiales formas vestidas de elegantes galas. Hombre muy enamorado de su propia imagen, levantó su vaso como

saludo a otra hada, que se acercó hacia él manteniendo su atención en la pelea.

El compañero de Ushan se sentó en un taburete cubierto por una piel de leucrón. Aceptó vino de una sirvienta y dijo:

–Mi señor Ushan.

–Mi señor Faen. –De pelo plateado, Ushan vestía hoy con ropajes de llamas animadas–. Confío que Aqueronte sea de tu agrado.

–Bastante, bastante. –Faen llevaba unos afectados anteojos y una barbita en punta, y se consideraba a sí mismo como el mayor erudito de la corte dorada. Agitó silenciosamente las alas–. ¿Recuerdas la razón de este duelo?

–Lo habitual: insultos, mujeres... –El señor Ushan parecía más interesado en observar el lento chocar de los lejanos cubos férreos que en seguir el combate–. ¿Quién lo recuerda?

–¿Los participantes, quizás? –Mirando con detenimiento al duelista más cercano, Faen se acarició lentamente las antenas–. Tu hombre, Tarquil, tiene un buen estilo. ¿Tienes esperanzas?

Mirando al chico, Ushan sorbió con apreciación un trago de su vaso.

–Su técnica ha mejorado. Creo que es el mejor duelista de la corte común.

–¿Es hijo de tu hermana, no? –El señor Faen chasqueó los dedos, observando con atención a las dos hadas que se arrojaban conjuros y contraconjuros uno tras otro más abajo–. Le gusta demasiado matar.

–No es algo malo en un noble. Ya hemos visto demasiados lloricas en su generación, con demasiada poca sed de sangre.

Ushan se relajó, a su alrededor estaba la corte dorada, la nobleza de las hadas. Pequeñas figuras aladas, algunas manteniendo con elegancia su forma y otras cambiándola según les placía, estaban dispersas por todos lados, tum-



badas con despreocupación. Los habitantes de Aqueronte habían huido sabiamente: pocas criaturas confundían a un miembro del pueblo menudo de los bosques con un hada y sobrevivían para contarlo.

En el cráter, los conjuros se sucedían uno a otro. Las dos hadas enfrentadas volaban y trazaban círculos, invisibles un momento, descubiertos por conjuros de detección al siguiente. La etiqueta les restringía, por el momento, a conjuros no letales, aunque el sobrino de Ushan los lanzaba con cruel intensidad. Lanzó ruidosamente de vuelta al suelo a su oponente, haciéndolo deslizar sobre ardiente metal oxidado.

El señor Faen entornó sus ojos mientras les miraba.

–Este espléndido aislamiento es una ilusión. Hemos malgastado nuestros intelectos en la autocontemplación.

–A un ser superior le está permitida –Ushan le miró sombrío–, nuestra inteligencia nos hace fuertes.

–La señal de la inteligencia es la capacidad de adaptarse a cambios imprevistos.

–La señal de la inteligencia es la prevención de cualquier cambio imprevisto –los ojos lavanda de Ushan chispearon–. Los sucesos no son más que esculturas de acción talladas en el medio del tiempo. Podemos controlarlos y darles forma para que sirvan a nuestros fines. No somos simples mariposas arrastradas por el viento de una tormenta cualquiera.

Enfrentándose a la fría rabia con su desdén, el señor Faen se mesó la barba.

–De entre nuestras filas ya ha salido una diosa oscura. Ella también creía que podía controlar los sucesos.

–Todo lo que obtuvo fue una prisión eterna. –Ushan hizo un movimiento brusco con la mano. La Reina feérica del viento y el dolor no era un tema del que se pudiera hablar en público–. El clan de la Belladona se encargó y ocupó de ella... y de sí mismo.

A Faen se le escapó un fuerte suspiro cuando se volvió a sentar. Se sirvió más vino y lo hizo girar en su copa mientras decía:

–Debemos hablar de ese clan.

Ushan se giró lentamente dirigiéndole una mirada glacial.

–Entraron en el juego del poder y perdieron. La lección ha mantenido a raya a las casas menores. –La que una vez fuera la más grande de las casas feéricas, el clan de la Belladona, llevaba siglos en el exilio–. La Belladona ya no existe.

Faen le atravesó con una ácida y burlona mirada.

–Está bien vivo, y tu clan de la Marta lo sabe. *Todos lo sabemos*. Solo un loco ignoraría a propósito a un potencial aliado... o enemigo.

–Ya no son parte de la Corte –enjuto y elegante, el señor Ushan alargó su copa hacia sus altas sirvientas–, se han adaptado a otros mundos, ¿por qué deberíamos preocuparnos por lo que hacen ahora?

–Tienen una amplia experiencia en los mundos exteriores, en el plano material en particular. Y la experiencia y el conocimiento son *armas*, Ushan. Sin armas el universo puede acabar con nosotros, seamos inteligentes o no – apartó su vaso a un lado–. Le cortaron las alas a la Reina, y es una capacidad que puede que volvamos a necesitar.

–¡Faen, no necesitamos ir a cazar demonios al mundo exterior!

El aludido golpeó cuidadosamente sus índices entre sí y replicó:

–Sí, somos demasiado hábiles criándolos entre nosotros –se alisó la barbita de chivo–. Si no corregimos ese hábito, acabará con nosotros.

En el cráter, el sobrino de Ushan logró un impacto, haciendo pedazos a su contrincante. Ignorando el duelo, Faen se puso de pie para marcharse, y el otro se levantó de inmediato, con las alas extendidas por la furia.

–¡El clan de la Belladona es un extraño! ¡No son parte de la unidad!

–Pues necesitamos establecer lazos con ellos –Faen se dio la vuelta–, algún medio de darles de nuevo la bienvenida a la familia feérica.

–¡No puede hacerse!

–*Debe* hacerse. El consejo se reúne ante la reina Títania mañana. Propondré exactamente esto: que se invite a regresar del exilio a la Belladona.

Apretó los puños, tan solo para oír la voz de Faen cultivando burlón su rabia.

–En serio, Ushan, dedica tu inteligencia a la tarea. ¡Va a empezar una nueva era! Y las hadas deben sobrevivir a ella. –Se levantó en el aire–. Necesitamos *herramientas*, Ushan, necesitamos armas.

El erudito feérico se desvaneció invisible y después partió. A solas con sus sirvientas, el señor Ushan se quedó sentado envuelto en un pétreo silencio. En el cráter, Tarquil limpió la hoja de su espada en su víctima y miró en busca de los ojos de su tío. Su delgada boca se retorció en una sonrisa.



img\_orla



**E**l otoño había desnudado a los arces de sus hojas verdes, cubriendo el suelo del bosque con una espesa y fría alfombra de llameantes rojos y marrones bermejos. El olor a humedad y moho se sentía por doquier, extrañamente fresco y enervante.

Un hombre cubierto con una armadura de escamas de dragón andaba con paso pesado por la carretera que serpenteaba entre los árboles. Sobre su espalda colgaba la reluciente piel negra de un can del infierno, con la cabeza colocada sobre el yelmo mostrando sus brillantes colmillos blancos en una sonrisa burlona. La mano del guerrero descansaba en una enorme espada que destacaba en su cinto. Botas de marcha, mochila, cuerda enrollada... era el equipo de alguien que se desplazaba rápido y dormía lo justo. Con la cabeza afeitada y un aspecto autoritario y suspicaz, el Justicar continuaba con su infatigable camino, vigilando la espesura en busca del más mínimo rastro de vida.

Escalla el hada silbaba una tonadilla mientras revoloteaba a media altura tras él, vestida de una forma que haría gritar a cualquier madre y empuñar un arma a cualquier padre decente. Con sus sesenta centímetros de altura, y su largo pelo rubio brillando liso y suelto, el hada viajaba con una total despreocupación.

Tras ellos traqueteaba un carro tirado por una mula, conducido por un hombrecito de nariz picuda, del que colgaba un cartel en el que se leía: «Transportes a la Aventura». Polk el arriero inhalaba profundamente, satisfecho, mientras miraba a su alrededor, como si los bosques fuesen un proyecto personal de construcción del que se encontrase muy orgulloso. Tras el carro avanzaba Enid la esfinge, toda pelo marrón moteado, disfrutando inmensamente de los rayos de sol que atravesaban el follaje.

Seguían una antigua carretera cubierta de malas hierbas a cuya vera se encontraban en ocasiones con las cabezas de estatuas enterradas, rostros graníticos de antiguos reyes que fruncían el ceño a los viajeros. Dedicándoles un aburrido vistazo el Justicar se colocó bien al can infernal y dejó escapar un enfadado gruñido.

Por fin habían encontrado su mapa de carreteras, Polk lo había estado usando como envoltorio para un grasiento montón de emparedados de jamón. Así resultó que su destino, Hommlet, no estaba en Keolandia, como pretendía el arriero, sino trescientas millas al nordeste. Jus se sentía perdido, magullado, molido y una hidra casi se lo había comido hacía unas pocas millas: no había sido uno de sus mejores días. Cultivando una merecida indignación, lanzó una mirada a Polk, subido en su carro.

–Keolandia, ¿verdad?

Feliz como una ostra, Escalla se encogió de hombros y dijo:

–¡Déjalo! No pasa nada si cogió el mapa al revés, así es Flaenia. Con ese tipo de nombres cualquiera puede cometer errores. –La fata agitó contenta las alas–. Vamos hacia el norte durante unas cuantas millas y ¡bam! Estaremos en Hommlet.

Sin perturbarse por el desvío, Escalla, Polk y Enid parecían disfrutar del viaje y del paisaje. Más preocupado por la seguridad, la comida, encontrar refugio y por mantener vi-

vos a sus compañeros, el Justicar miró al bosque y se enfadó aún más.

–Keolandia... nunca he estado allí.

–Bueno, estas hojas otoñales son preciosas. –Volando hacia atrás, Escalla arrancó una enorme hoja de arce rojo–. Me siento como en casa, como si ya hubiese estado aquí antes.

El hecho de que estuviesen totalmente perdidos no le había afectado. Jus la miró con una ceja alzada y le preguntó:

–¿Habías estado aquí antes?

–Ah, pues no lo sé. Árboles... sí, hojas... sí. Un trozo de bosque se parece de forma increíble al resto. –Se giró en vuelo–. Pero esto –señaló a los restos de una estatua caída hacía mucho, en lento desmoronamiento– ¡esto podría serme familiar! Sé que visto antes estatuas como estas. Quiero decir, bastante parecidas... –Se lanzó camino adelante–. ¡Oye! ¡Me suena! Vamos a seguir el camino, tiene que llevarnos a un pueblo.

–Escalla, ya estamos siguiendo el camino.

–Oh, vaya.

La carretera describió una curva, y, de repente, apareció ante los viajeros una fila de casas con tejado de paja. Era un pueblo abandonado hacía mucho en manos de la maleza, un grupo de edificios desiertos donde solo mandaban las ardillas. Las puertas de las rústicas casas colgaban de sus goznes, algunas crujiendo como los combados huesos de los difuntos. Otras estaban simplemente frías y vacías, con cardos aquí y allá entre la paja. Los pequeños animales del bosque corrían y saltaban de tejado en tejado, de muro en muro, encaramándose sobre oxidados carros y parándose nerviosos encima de los abandonados aperos de labranza.

La guerra había llegado y se había ido, dejando el pueblo abandonado, al ser sus habitantes lo suficientemente inteligentes como para retirarse frente a poderes a los que no podían resistir. Los edificios estaban todavía intactos pe-

ro solo estaban habitados ya por algún que otro nido de estirges.

Conforme Enid caminaba suavemente hasta entrar en la calle cubierta por la vegetación, Polk tiró de las riendas y detuvo el carro. El repentino silencio aturdió.

Hosco y cansado, el Justicar se acercó trabajosamente hasta la taberna y empujó con su espada la puerta hasta abrirla de par en par. La sala principal estaba desierta, a excepción de una familia de ratas de campo.

—¿Cenizas?

El can buscó con sentidos infinitamente más agudos que los de cualquier mortal.

*Estirges, insectos saltadores, musgo, moho, ratones con cola, charcos de lluvia, pequeñas arañas.*

—¿Ningún movimiento?

*Nada de monstruos, nada de magia.*

Jus se arrodilló para examinar cuidadosamente la calle. La tierra apisonada estaba alfombrada de hierbajos, ninguno de los cuales parecía doblado o roto por unos pies.

—Y ningún rastro.

—¡Oye! ¡Mira esto! ¡Es un elefante muerto! —Escalla flotaba sobre una casa en ruinas—. ¡Guau! ¡Marfil! ¡Podemos ganar una fortuna con él!

Jus se acercó hasta la chica y miró hacia una fila de casas aplastadas y despedazadas. Distribuido entre las caídas paredes yacía un enorme esqueleto, de fácilmente tres veces la estatura de un hombre. Sus pies calzaban unas botas mohosas y un tronco de árbol le había servido de maza. Hacía tiempo que había muerto, y estaba cubierto de musgo, con dientes de león creciendo en las vacías órbitas de sus ojos.

Escalla pasó a toda velocidad sobre los edificios y frotó sus manos contenta.

—¡Allí hay otro elefante! ¡Y otro!

—No son elefantes, Escalla, son gigantes.

—¿Cómo lo sabes?